



Stouf del. Aug. F. Charles del. J. B. Huet sculp. Paris. Outhwaite sc.

MARIA ANTONIETA

Garnier Hermanos. Paris

MARIA ANTONIETA

Entre los escritos que pueden dar idea exacta de la reina Maria Antonieta y de su carácter en los años de su prosperidad y juventud, no conozco ninguno que más convencido deje al lector que la simple Noticia del conde de La Marck, inserta por M. de Bacourt en la Introducción de la obra recientemente publicada sobre Mirabeau. El conde de La Marck describe el género de vida interior de la reina en algunas páginas de clarísima observación. Se ve en ellas una Maria Antonieta real y natural, no exagerada; se presienten las faltas á que la empujarán los que la rodean, así como las que se le atribuirán y las armas que sin pensarlo va á suministrar ella misma á la malignidad. Es sensible que un observador tan imparcial y superior no haya trazado un retrato semejante de la reina en los diversos momentos de su existencia, hasta la hora en que llega á ser una victima grande y en que sus altas prendas de corazón brillan bastante para impresionar é interesar á todos los que tienen sentimientos humanos.

Hay una manera de considerar á Maria Antonieta que me parece la verdadera y yo quisiera definir bien, porque me parece que tambien es este el lado sobre que recaerá el fallo definitivo de la historia. Se comprende que, impelido por un sentimiento elevado de compasion, se deje uno dominar por un interes ideal hácia Maria Antonieta, querer

defenderla en todos los casos, constituirse en abogado suyo, ser su caballero en todo y por todo, indignarse ante la sola idea de los lunares y flaquezas que otros creen descubrir en su vida: ese papel de defensor, respetable si es sincero, se concibe muy bien en los que profesaban el culto de la antigua soberanía real, pero me afecta mucho ménos en los recién venidos en quienes sólo sea un propósito deliberado. No es ese mi modo de ver y difícilmente puede serlo tampoco el de los hombres que bajo ningún concepto han sido educados en la religión de la antigua monarquía, en cuyo caso se encuentra, nadie lo contestará, la inmensa mayoría de las generaciones actuales y las que se preparan. Lo que me parece más seguro y apetecible para esa dulce y tierna memoria de María Antonieta, es que del cúmulo de escritos y testimonios de que ha sido objeto, se desprenda una figura bella, noble, graciosa, con sus debilidades, sus frivolidades y sus fragilidades quizás, pero con las calidades esenciales, conservadas en toda su integridad, ya de mujer, ya de madre y por momentos de reina, con la bondad en todo tiempo generosa, y finalmente con los méritos de resignación, valor y dulzura que coronan los grandes infortunios. De ese modo, y una vez establecido en esta medida que todavía es bella, continuará interesando al través de las edades á todos los que, más y más indiferentes cada vez por las formas políticas del pasado, conserven los sentimientos delicados y humanos que forman parte de la civilización como de la naturaleza, de todos los que se conduelen de las desgracias de Hécuba y de Andrómaca, y que, al leer la relación de desgracias parecidas y mayores aun, llorarán también las suyas.

Pero hay aquí la diferencia de que la poesía sola se ha encargado de la tradición de Andrómaca y Hécuba, y no tenemos las Memorias de la Corte de Priamo, al paso que existen las de la Corte de Luis XVI y no hay medio de prescindir de ellas. ¿Qué dicen estas Memorias acerca de María Antonieta, hablo de las Memorias verdaderas y no de los libelos? ¿Qué dice el conde de La Marck que resume muy bien el espíritu de esta primera época? Llegada á Francia á la edad de quince

años, la joven Delfina no tenía diez y nueve cuando se sentó en el trono al lado de Luis XVI. Este príncipe, sólidamente instruido y dotado de todas las cualidades morales que son notorias, pero débil, tímido, brusco, rudo, y particularmente desabrido con las mujeres, no tenía nada de lo que era menester para dirigir á su joven esposa. Esta, hija de una madre ilustre, no había podido ser educada por María Teresa, demasiado ocupada en las cosas del Estado, y su primera educación en Viena había sido muy descuidada. No se le había inspirado jamás el gusto ni la idea de una lectura seria. Su entendimiento, bastante recto y vivo, « percibía y comprendía rápidamente las cosas de que le hablaban, » pero no tenía grande extensión ni grande alcance, nada en una palabra de lo que repara la falta de educación ó de lo que suple á la experiencia. Amable, alegre é inocentemente chancera, poseía ante todo « gran bondad de corazón y deseo perseverante de complacer á las personas que se dirigían á ella ». Tenía gran necesidad de amistad é intimidad, y en seguida buscó alguna persona con quien pudiera ligarse como no está en uso en la Corte. Su ideal de felicidad (cada cual tiene el suyo) era evidentemente, al salir de las escenas de ceremonia que la aburrían, encontrar una sociedad amable, risueña, adicta, escogida, en el seno de la cual pudiera olvidar que era reina, sin dejar por eso de recordarlo bien en el fondo. Le gustaba, si así puede decirse, proporcionarse el placer de este olvido y no pensar de improviso en lo que era sino para esparcir en torno suyo las buenas gracias. En las óperas cómicas y las pastorales se han visto algunas de esas reinas disfrazadas que hacen las delicias de los que las rodean. María Antonieta tenía ese ideal de vida feliz que sin inconvenientes habría podido realizar si hubiese continuado siendo simple archiduquesa en Viena, ó hubiese reinado meramente en alguna Toscana ó en alguna Lorena. Pero en Francia no pudo ni ensayarlo impunemente, pues su pequeño Trianon con sus lecherías, sus apriscos y sus comedias, estaba demasiado cerca de Versalles. La envidia rondaba por estos lugares demasiado preferidos, la envidia haciendo señas á la necedad y á la calumnia.

M. de La Marck ha demostrado muy bien los inconvenientes que tuvo para la reina el reducirse desde luego tan exclusivamente á vivir en el círculo de la condesa de Polignac, y el dar á esta, con la calidad de una amiga, la actitud de una favorita, y á todos los hombres de esta pandilla (los Vaudreuil, los Besenval y los Adhémar), pretensiones y derechos de que abusaron tan presto, cada uno en el sentido de su humor y de su ambición. Aunque jamas conoció toda la extensión de estos inconvenientes, sin embargo echó de ver alguna cosa; llegó á sentir que allí donde buscaba el reposo y el esparcimiento del rango supremo, volvía á encontrar todavía una obsesión interesada, y cuando la hacían notar que demostraba á menudo demasiada preferencia hácia los extranjeros de distinción que pasaban por Francia, y que eso podría perjudicarla cerca de los Franceses: « Tenéis razón, respondía con tristeza, pero al ménos esos no me piden nada. »

Algunos de los hombres que, admitidos en esta intimidad y este favor de la reina, se hallaban obligados á más reconocimiento y respeto, fueron los primeros que hablaron de ella con ligereza, porque no la encontraban bastante dócil á sus miras. Como hubiese un momento en que parecía alejarse algo del círculo Polignac y habituarse en el salón de madama de Ossun, su azafata, « un tertuliano del salón Polignac (cuyo nombre no cita M. de la Marck, pero que parece haber sido uno de los más notables de este círculo) escribió contra la reina una copla muy malintencionada, y esta copla, fundada en una mentira infame, fué á circular en París ». Así es como la Corte misma y la intimidad de la reina suministraban la primera levadura que iba á mezclarse con las groserías é infamias de fuera. Por su parte, ignoraba todo eso y no sospechaba siquiera lo que indisponía contra ella en Versalles, como tampoco lo que la enajenaba el afecto de los parisienses.

Todavía hoy, cuando se quiere citar algún testimonio que dé qué pensar contra María Antonieta, el testimonio de alguno de cuenta, se va á buscarlo en las Memorias del baron de Besenval. Llamado cerca de ella en 1778, cuando ocurrió el desafío del conde de Artois y del

duque de Borbon, M. de Besenval fué introducido por Campan secretario del gabinete) en un cuarto particular que él no conocía, « sencilla, pero cómodamente amueblado. — Quedé asombrado, añade de paso, no de que la reina hubiese deseado tantas facilidades, sino de que hubiera osado proporcionárselas. » Esta mera frase, escrita precipitadamente, está llena de insinuaciones, y no han dejado los enemigos de hacerla resaltar.

Aquí no afectaré más reticencias de las necesarias, ni tampoco temeré tocar el punto más delicado. Hay personas cuya preocupación consiste en negar absolutamente toda ligereza y toda debilidad de corazón de María Antonieta (suponiendo que pudiera encontrarse alguna en esta época de su vida). Por mi parte me atrevo á pensar que el interés que va unido á su memoria, que la piedad que excitan su desgracia y el modo generoso como lo soportó, que la execración que merecen sus jueces y verdugos, no pueden depender en nada de algún descubrimiento anterior, referente á una fragilidad de mujer, ni ser debilitados ni poco ni mucho por ello. Ahora bien, en el estado actual de datos, históricos sobre María Antonieta, teniendo en cuenta testimonios verdaderos y recordando también lo que uno mismo ha oído contar á algunos contemporáneos bastante bien informados, es muy permitido pensar que, en efecto, esta persona afectuosa y viva, enteramente impresionable, amiga de las maneras elegantes y de las formas caballerescas, que sentía la necesidad de expansión y protección, pudo tener durante esos quince años de su juventud alguna preferencia de corazón: lo contrario es lo que debería chocarnos más bien. Muchos ambiciosos y muchos fatuos se presentaron, y no obstante quedaron chasqueados; además hubo tentativas é iniciativas sin número. Hemos oído á Lauzun el otro día (1) explicar á su modo su aventura; pero lo cierto es que, de un modo ó de otro, quedó burlado. El príncipe de Ligne venía por aquel tiempo á menudo á Francia, y era uno de esos extranjeros enteramente franceses y muy amables, cuyo trato agradaba

(1) En una *Plática* sobre Lauzun.

particularmente á la reina. Solia tener el honor de acompañarla por la mañana al paseo : « En estos paseos á caballo, dice, enteramente solo con la reina, aunque rodeado de su fastuosa comitiva régia, era cuando me contaba ella mil anécdotas interesantes que la concernian y todos los lazos que la habian tendido para darla amantes. Unas veces era la casa de Noailles la que queria darle su vizconde, otras la cabala Choiseul la que le destinaba Biron (Lauzun), *el cual despues!... pero entónces era virtuoso*. La duquesa de Duras, cuando estaba de semana, nos acompañaba á caballo; pero la dejábamos con los escuderos, y esa fué una de las ligerezas de la reina y uno de sus mayores crímenes, pues no cometia otro que el de negligencia con respecto á los fastidiosos, que siempre son implacables. » Ya tenemos pues la contradiccion del relato de Lauzun y la version de la reina á su vez. Sin embargo haré notar que no era de ninguna manera probable que Lauzun obrara por cuenta de la cabala Choiseul con quien estuvo mal en todos tiempos; pero la servidumbre de la reina habia tenido interes en presentarle bajo ese aspecto para perderle definitivamente.

Este mismo principe de Ligne es quien ha dicho en otra parte : « Su supuesta galanteria jamas fué otra cosa que un sentimiento profundo de amistad, con alguna distincion quizas hácia una ó dos personas, y una coqueteria general de mujer y de reina para agradar á todo el mundo. » Esta impresion ó esta conjetura, que vuelvo á encontrar igualmente en otros buenos observadores que trataron de cerca á María Antonieta, creo sea la más verosímil. Estas *dos* personas que distinguió particularmente en tiempos diferentes, parece que fueron. primero el duque de Coigny, hombre prudente y ya maduro, y en segundo lugar, M. de Fersen, éste coronel del regimiento Real-Sueco al servicio de Francia, carácter elevado, caballeresco, y que en los dias de desgracia, sólo se reveló por su adhesion absoluta.

Ademas, tratándose de estas particularidades íntimas respecto de las cuales es tan fácil recoger muchos dichos y tan difícil adquirir certidumbre, creo bueno recordar la palabra tan sensata que decia un dia madama deLassay (hija natural de un Condé) á su marido, á quien oía

discutir á fondo y decidir acerca de la virtud de madama de Maintenon. Mirándole con asombro, le dijo con admirable serenidad : « ¿Cómo hacéis, caballero, para estar tan seguro de esas cosas? » Esta palabra que es picante, dirigida por una mujer á su marido que pretende estar seguro de una virtud controvertida, no es ménos verdadera en todos los sentidos, y puede dirigirse igualmente á los que se creen tan seguros de esas faltas ajenas que nadie ha presenciado jamas.

La belleza de la reina en su juventud ha sido muy celebrada. No era una beldad si se miraban las facciones por separado : los ojos, aunque expresivos, no eran muy hermosos; su nariz aguileña parecia demasiado pronunciada : « No estoy bien seguro de que su nariz fuese la de su cara », ha dicho un testigo ingenioso. Su labio inferior era más marcado y abultado de lo que exige la boca de una mujer bonita; su talle era tambien algo lleno; pero el conjunto era grandioso y de soberana nobleza. Aun con el traje de mañana, era su belleza más bien de reina que de mujer de sociedad. « Ninguna mujer, ha dicho M. de Meilhan, llevaba mejor su cabeza, pues estaba adherida de manera que cada uno de sus movimientos tuviera gracia y nobleza. Su porte, noble y desembarazado, recordaba esta expresion de Virgilio : *Incessu patuit dea*. Lo más singular en su persona era la union de la gracia y de la dignidad más imponente. » Añádase una tez de frescura deslumbradora, brazos y manos admirables, una deliciosa sonrisa, una palabra apropiada y que no tanto se inspiraba en el entendimiento cuanto en el alma, y deseo de ser buena y agradar. Podia gustarla como le gustaba la libertad de las conversaciones y de los juegos, la familiaridad dentro de casa; podria jugar á la vida de pastora ó de mujer á la moda, pero bastaba que se levantara, que en un abrir y cerrar de ojos tomara su postura de cabeza, y era reina.

Durante largo tiempo, esta mujer graciosa, que estaba llena de confianza en el prestigio de la soberania real y sólo pensaba en suavizarlo poco á poco en derredor suyo, no se ocupó de la politica, ó por lo ménos lo hacía incidentalmente y, en cierto modo, impelida por su círculo íntimo. Continuaba su vida de hechiceria é ilusion, cuando ya

circulaban por París murmuraciones odiosas, coplas satíricas y libelos infames, y se le imputaba una influencia secreta y continua que no tenía. El asunto del Collar fué la primera señal de sus desgracias, y la venda que hasta entónces le cubrió los ojos se rasgó. Comenzó á salir de su villorrio encantado y á descubrir el mundo tal cual es cuando tiene interes en ser malo. Obligada á ocuparse habitualmente de las cosas públicas y á dar su parecer sobre las medidas y acontecimientos extraordinarios que cada dia llamaban la atencion, procedió á ello con las disposiciones ménos políticas que sea posible imaginar, quiero decir, con indignacion contra las vilezas que se propagaban, con prevenciones personales de que no siempre la hacía triunfar su interes más evidente, con un resentimiento por las injurias que no era deseo de venganza, sino el padecer delicado y altivo de la dignidad herida. Si Luis XVI hubiera sido otro y dado asidero á un impulso activo y enérgico, no cabe duda en que, más ó ménos pronto, inspirado por la reina, habria intentado alguna empresa que hubiera podido ser una calaverada, pero que acaso tambien hubiera restablecido por algun tiempo el orden monárquico conmovido. Pero no sucedió así: el alma de Luis XVI no se prestaba á su papel de rey á causa de sus virtudes mismas; su natural, enteramente compuesto de piedad y humanidad, propendia perpetuamente al sacrificio, y de debilidad en debilidad no debia ya volver á encontrar su grandeza sino al ser un mártir. La reina no tenía en sí lo que hacía falta para triunfar de una incapacidad y una inercia tan absolutas. Tenía arranques, pero no perseverancia. Esta es la queja perpétua que repite el conde de La Marck en la Correspondencia secreta que acaba de publicarse: « La reina, escribia al conde de Mercy-Argenteau (30 de diciembre de 1790), la reina tiene seguramente el talento y la firmeza suficientes para poder hacer grandes cosas, pero es preciso confesar, y vos mejor que yo lo habéis podido notar, que, sea en los negocios, sea aun meramente en la conversacion, no siempre pone ese grado de atencion y continuidad que son indispensables para enterarse á fondo de lo que se debe saber para prevenir los errores y asegurar el buen éxito. » Y en otra parte

añadía, escribiendo al mismo (28 de setiembre de 1791): « Es menester hablar con claridad, el rey es incapaz de reinar, y la reina, bien secundada, puede sola suplir á esta incapacidad. Esto mismo no bastaria: sería menester ademas que la reina reconociese la necesidad de ocuparse de los negocios con método y continuacion; sería menester tambien que se impusiera la ley de no conceder ya una semiconfianza á muchas personas, y que en cambio se la diera entera al que hubiere escogido para secundarla. » Y por último (10 de octubre de 1791): « La reina, con talento y un valor acreditado, deja escapar no obstante todas las ocasiones que se ofrecen para que se apodere de las riendas del gobierno y rodee al rey de personas fieles, consagradas á servirla y salvar al Estado con ella y por ella. » En efecto, no se renuncia en un dia á tan dilatada y habitual ligereza; todo el genio de una Catalina de Rusia no habria bastado quizas para luchar contra peligros tan imprevistos á la que jamas en su vida habia abierto un libro de historia y se habia hecho la ilusion de una soberanía pasada en el solaz de la campestre mansion de Trianon; pero no es poco ya el que esta anterior frivolidad haya dejado tan intacto y elevado el corazon, y que este se haya encontrado el dia de la prueba tan generoso, tan altivo, tan real y tan plenamente dotado como pudiera esarlo al salir de las manos de la naturaleza.

Ya se supondrá que no es mi ánimo discutir la línea de política á que María Antonieta creía bueno volver cuando obedecia á sus propios sentimientos. No somos aquí puristas constitucionales: lo que ella queria no era ciertamente la Constitucion de 91, sino la salvacion del trono, la de la Francia como ella lo entendia, el honor del rey y el suyo, y el de su nobleza, la integridad de la herencia que habia de legar á sus hijos; no exijáis otra cosa de ella. Las cartas suyas que se han publicado ya y otras que verán la luz algun dia, permitirán consignar con certeza esta porcion de la historia. Queria la salvacion del Estado por medio de su hermano el emperador, por medio de las potencias extranjeras, pero no por medio de los emigrados. No podia reprimir su indignacion contra estos: « ¡ Cobardes! exclamaba, despues

de habernos abandonado, quieren exigir que solos nos exponamos y solos tambien sirvamos sus intereses. » En una bellissima carta dirigida al conde de Mercy-Argenteau, donde se leen las citadas palabras, dice ademas, despues de haber expuesto un plan desesperado (agosto de 1791) : « He escuchado, cuanto me ha sido dado, las opiniones de las dos partes, y de todos sus pareceres me he formado el mio; no sé si será puesto en ejecucion, pues conocéis á la persona con quien tengo que contar (el rey) : en el momento en que se la cree persuadida, una palabra, un razonamiento la hace cambiar sin que lo sospeche siquiera, y por eso mismo no es posible emprender otras mil cosas. En fin, suceda lo que quiera, conservadme vuestra amistad y vuestra adhesion que tanta falta me hacen, y creed que sea cual fuere la desgracia que me persigue, podré ceder á las circunstancias, pero no consentir jamas en nada indigno de mí; en el infortunio conoce uno mejor lo que es. Mi sangre corre por las venas de mi hijo, y espero que un dia se mostrará digno nieto de María Teresa. »

Su último rayo de alegría y esperanza habia sido el del viaje de Varennes. En el momento en que este viaje tan diferido iba á ser realizado por fin, atravesando la reina á pié, hácia média noche, la plaza del Carrousel para ir á encontrar el coche preparado para la familia real por M. de Fersen, encontró el de M. de La Fayette que pasaba : ella lo notó, « y aun tuvo el capricho de querer tocar con una varita que tenia en la mano las ruedas del coche ». Era un despique inocente y su última alegría de jóven. ; Qué diferente era su aspecto tres dias despues ! En el momento en que madama Campan la volvió á ver despues de su regreso de Varennes, la reina se quitó su cofia y la dijo que viera el efecto que el dolor habia producido en sus cabellos : « en una sola noche se habian puesto blancos como los de una mujer de setenta años ». No tenia más que treinta y seis.

Los dos últimos años de la reina bastarian para rescatar mil veces más faltas de las que pudo cometer en sus jóvenes años esta persona agraciada y elegante, y para consagrar en la piedad de las edades venideras un destino semejante. Prisionera en su casa, presa

de continuas angustias se la ve purificarse al lado de esa hermana tan santa, Madama Elisabeth, ordenarse y fortalecerse cada vez más en esos sentimientos de familia y religion doméstica que consuelan hasta ese punto solamente á las almas naturalmente buenas y no corrompidas. En los dias fatales, en los dias de insurreccion y motin, cuando toda su casa es invadida, siempre está en su puesto, arrostrando la tempestad con altivez, con nobleza, con clemencia, al mismo tiempo que cubriendo con su cuerpo á sus hijos. En medio de sus propios peligros, su bondad hace que se ocupe enteramente de los demas y se muestre cuidadosa de no comprometer á nadie en su causa inútilmente. El último dia, el dia supremo de la soberanía real, 10 de agosto, intenta dar á Luis XVI un impulso que le hubiese hecho morir como rey, como hijo de Luis XIV ; pero él debia morir como cristiano y como hijo de San Luis. Á su vez entra ella misma en esa via de un heroísmo enteramente resignado y paciente. Apénas se halla encerrada en el Temple, borda tapicería, se ocupa en la educacion de su hija y de su hijo, compone para sus niños una oracion y se acostumbra á beber el cáliz en silencio. La cabeza de la princesa de Lamballe, presentada en las rejas de su prision, la hizo sentir el primer frio de la muerte. Al salir del Temple para ser trasferida á la Conserjería, no pensó en bajarse y chocó con la cabeza en el postigo; preguntáronla si se habia hecho daño : « ¡ Oh ! no, respondió ; ahora nada puede hacerme ya daño. » Pero cada hora de su agonía ha sido notada y no nos toca á nosotros repetirlo. No creo que pueda existir monumento de estupidez más atroz, más ignominioso para nuestra especie que el proceso de María Antonieta tal cual puede leerse oficialmente reproducido en el tomo XXIX de la *Historia parlamentaria de la Revolucion francesa*. La mayor parte de las respuestas que dió á las acusaciones están truncadas ó suprimidas ; pero, como en todo proceso inicuo, el texto solo de las imputaciones atesta contra los asesinos. Cuando se piensa que un siglo llamado de luces y de la más refinada civilizacion, da por resultado actos públicos de esa barbarie, se pone uno á dudar de la naturaleza y á espantarse de la bestia

feroz, tan bestia como feroz en efecto, que contiene siempre en sí misma y que sólo desea salir. En seguida, despues de condenada, apenas volvió del tribunal á la Conserjería, María Antonieta escribió una carta fechada el 16 de octubre, á las cuatro y média de la mañana, y dirigida á Madama Elisabeth. En esta carta cuyo *facsimile* acaba de ser reproducido (1), y que está concebida en un tono de grande sencillez, se leen estas palabras : « Á vos, hermana mia, es á quien escribo por última vez. Acabo de ser condenada, no á una muerte vergonzosa, esta no lo es más que para los criminales, sino á ir á reunirme con vuestro hermano. Como él inocente, espero mostrar la misma firmeza que él en estos momentos. Estoy tranquila como se está cuando la conciencia nada reprocha; me causa profunda pena el tener que abandonar á mis propios hijos. Vos sabéis que sólo existía para ellos; y á vos, buena y tierna hermana mia, á vos que por vuestra amistad todo lo habéis sacrificado á fin de estar con nosotros, en qué posición os dejo!... » Los sentimientos más verdaderos de la madre, de la amiga, de la cristiana sumisa, respiran en esta carta testamentaria. Sabido es que María Antonieta dió pruebas, algunas horas despues, de esa calma y esa firmeza que esperaba tener en el supremo momento, y en el mismo proceso verbal de los verdugos se reconoce que subió al cadalso con *bastante valor*.

No creo que se posean todavía todos los elementos para escribir con la sencillez que conviene la vida de María Antonieta : existen recopilaciones manuscritas de cartas suyas dirigidas á su hermano el emperador José y al emperador Leopoldo, y la Cancillería de Viena debe contener tesoros en este género. Pero yo me atrevo á conjeturar que si tiene lugar algun día la publicación de estas piezas confidenciales, no hará más que confirmar la idea que la reflexión y una lectura atenta de las Memorias pueden dar desde ahora. La noble madre de María Antonieta, de quien tenía esa nariz aguileña y ese porte de reina, le imprimió el sello de su raza; pero ese carácter imperial que

(1) *La última carta de la Reina María Antonieta*. París, 1851.

solía descubrirse en los momentos solemnes, no era el que provenia de los hábitos de su entendimiento, de su educación y de su fantasía; no volvía á ser la hija de los Césares sino por ímpetus. Estaba hecha para ser la heredera apacible y algo pastoril del Imperio, más bien que para reconquistar ella misma su reino; sobre todo, bajo aquella frente augusta, estaba hecha para ser mujer amable, amiga constante y fiel, madre tierna y solícita. Tenía todas las cualidades y todas las gracias, y también algunas de las debilidades de la mujer. La adversidad le dió virtudes; la elevación del corazón y la dignidad del carácter resaltaron en ella con tanto mayor brillo cuanto que no estaban sostenidas por un entendimiento enteramente á la altura de las circunstancias. Tal cual es, víctima de la más odiosa y brutal de las inmolaciones, ejemplo de la más aterradora de las vicisitudes, no tiene necesidad de que subsista el culto de las antiguas razas para excitar un sentimiento de simpatía y piedad delicada en todos los que lean la relación de sus años brillantes y de sus últimos tormentos. Todo hombre que abrigue en el corazón algo de la generosidad de un Barnave, experimentará la misma impresión y, si es menester decirlo, la misma conversión que él, al acercarse á esta noble figura tan ultrajada. Por lo que respecta á las mujeres, tiempo hace ya que madama de Staël les ha dirigido la palabra que más puede conmover su corazón, cuando dice en la Defensa que ha dado á luz de María Antonieta : « Vuelvo á vosotras, mujeres, inmoladas todas en una madre tan tierna, inmoladas todas por el atentado que sería cometido contra la debilidad... acabóse vuestro imperio si la ferocidad reina. » María Antonieta es en efecto madre aun más que reina. Sabida es esa primera palabra que se le escapó cuando, no siendo más que Delfina, se censuraba delante de ella á una mujer que por obtener el perdón de su hijo comprometido en un desafío, se habia dirigido á madama Du Barry misma : « En su lugar, habria hecho otro tanto, y si hubiese sido menester, me habria echado aun á los piés de *Zamore* » (el negro de madama Du Barry). Y también es sabida esa última palabra de María Antonieta ante el atroz tribunal, cuando, interrogada acerca

de horribles imputaciones que concernian á la inocencia de su hijo, exclamó por toda respuesta : « ¡Apelo á todas las madres! » Ese es el grito supremo que domina su vida, el grito que conmueve las entrañas y que resonará para ella en el porvenir.

Un dia, en el Temple, habia sido concertado un proyecto de evasión y ella dió su consentimiento; pero el dia siguiente escribió que no podia resolverse á ello, puesto que para huir tenia que separarse de su hijo : « Por mucha que habria sido la dicha que hubiera experimentado al verme fuera de aquí, escribia, no puedo consentir en separarme de él... No podria gozar de nada dejando á mis hijos, y esta consideracion ni siquiera me deja pesares. » Se dirá que este sentimiento es muy natural, y precisamente por eso es tan bello.